

A TRAVÉS DEL ESPEJO



J. F. Yvars

Fuga sin fin

Fue sin duda Nabokov quien puso en práctica una suerte de narrativa que me atrevería a llamar “en diagonal”. Y pienso en dos modelos autobiográficos: la novela *Ada o el ardor* y el sesgado relato testimonial *¡Habla memoria!*. Un corte certero en el núcleo de la memoria voluntaria del autor, que lo fuerza a perseguir hasta el final un sinfín de disgresiones inesperadas. “Creo –confiesa Nabokov– que la memoria y la imaginación pertenecen a un idéntico mundo misterioso detenido en el pensamiento. Quien no tiene demasiada imaginación sufre de mala memoria”. Imaginación y memoria son las huellas que orientan al lector en el peregrinaje circular que nos propone *Visión desde el fondo del mar*, el último y decisivo libro de Rafael Argullol.

Un mar de palabras, a menudo encrespado, que transmiten sentimientos y sensaciones tamizadas subjetivamente y nos permiten entrever el itinerario vital de una figura huída de nuestra anfibia literatura contemporánea. Argullol despliega una estimulante constelación de prosa esencial que perfila su peculiaridad como escritor: su paladina no pertenencia, para hablar con claridad. En un mundo, además, donde esta experiencia resulta fatal e incluso disolvente. Ajeno a clanes, tribus y facciones, Argullol ha seguido su camino literario escindido en una biculturalidad forzosa, que con habilidad impar ha sabido sortear como pocos: incó-

modo en un castellano mesetario de raíces retóricas del que abomina, pero no más cómodo en un catalán extremo, encerrado en el laboratorio lingüístico y privado del clasicismo tutelar que nutre con sabia añeja la palabra escrita. Y esta imperpetinente no pertenencia marca el haz y el envés de su quehacer creativo.

Visión desde el fondo del mar es algo más que una obra ambiciosa, descomunal si se piensa en las dos mil páginas del manuscrito. Es el cenit de un proceso que arranca con *La razón del mal* y *Una educación sensorial*. El libro llega tras un largo trabajo de elaboración y disección experimental, a la zaga de una escritura multidimensional que asalta los géneros tradicionales –confesiones, memorias, libros de viaje y relatos de intención paródica– para transgredirlos con destreza. La trama apunta diáfana: el resumen de una saga familiar de voluntad objetiva en el paraíso adánico de Ribes Roges, el exilio gozoso en Roma durante los años ilusorios de la transición, momento iniciático del poeta mediado de profesor, la cruel purificación por el dolor en las entrañas de una clínica neoyorquina, o el descubrimiento temprano de la punzante condición pasajera de la amistad, el amor y la pasión, con un *Tratado erótico-teológico* que merece libro aparte.

La caudalosa narración convierte el cuaderno de viaje o el dietario en un registro temporal que pliega el relato a la mirada sorprendida del lector. Escenas con moraleja y dolidos

vislumbres de la jauría humana. Contadas incursiones líricas sobre un acantilado que avizora el abismo. La parábola de la pintura, trazada al azar del ficticio Zógrafos, tiene la concreción del apólogo oriental. Como la amarga advertencia sobre el desamor y la eterna cucaña del sexo. Otro motivo cardinal que vuelve a la luz de un atardecer en Estambul.

Viajero despistado, Argullol no puede evitar que se cuelen



Wanderer above the sea of fog (1818), de Friedrich

en su mochila los motivos del idealismo colonizador europeo, y roza en ocasiones actitudes y gestos que no siempre captan el hermetismo de la dimensión oriental, pero que nos autorizan a apreciar el filo del estilete. La suntuosidad de Taj Majal en un horizonte de descomposición o la palpable incomodidad ante la burlona sonrisa de Shiva, son síntomas de un “aroma de podredum-

bre” que pone en aprietos al mejor racionalizador. Como los mutilados de El Cairo sobre un charco de inmundicias: el destello dantesco del final de los tiempos. Navegar es necesario, en efecto. La vida es un inconsciente amontonamiento de horas, una opresión de sinsentidos de la que espuman “instantes de luz”. El viaje como la elipse de una huída sin fin. Un ciclo que se cierra con el tajante ¡viajój!

En la alegoría musical el arte de la fuga simboliza la transgresión del canon armónico, la multiplicación improvisada de motivos sonoros desarrollados en contrapunto a la cansina repetición tonal. Cuando la forma se emancipa de las normas, la incertidumbre y el vacío acechan al creador. Aquí anida la magnífica intensidad del arte que ilumina el vagar de Argullol. Una vivencia auroral que insinúa la pintura de Ch. D. Friedrich. Un breve apunte en Leipzig visualiza la sutileza de Argullol para la comunicación estética: el despliegue formal del artista romántico, sus hieráticos personajes en danza equívoca frente a un mar que augura el renacer primaveral, lo no visto. La llamada de la naturaleza frente al gris de la vida. Argullol reivindica el mestizaje de experiencias –vitales, sensibles, imaginadas– entrecruzadas en los meandros de un viaje con la mirada franca. Un mundo que describe con el arma de la palabra alerta, esa maga de ilusas unidades de sentido. El mito frente a la razón, acaso ya en el umbral de la nada. Esa terca sombra.

CRÍTICA DE TEATRO

Perfecto tostón

I am the Wind

Autor: Jon Fosse

Director: Patrice Chéreau

Lugar y fecha: Grec 2011 Teatre Lliure (30/VI/2011)

JOAN-ANTON BENACH

Al gran Patrice Chéreau le sientan bien los dúos dramáticos, los diálogos a dos. Pudo comprobarse a través de su elogiada divulgación de las obras de Bernard-Marie Koltès y, ahora mismo, gracias al fervor con que defiende las de Jon Fosse (Haugesund, Noruega, 1959) y concretamente este *I am the Wind*. Del teatro de Fosse, traducido a cuarenta idiomas, muy representado en Europa y América y muy poco en Catalunya, existen aquí dos antecedentes: *Mai no ens separarem*, que en el 2001 Carlota Subirós dirigió en el desaparecido Malic, y *Vindrà algú*, dirigida en el 2002 en la Sala Beckett por Antonio Simón.

Coloquialmente muchísimo más austera que estas dos, *I am the Wind* es la primera creación en inglés que dirige Chéreau, que encontró unos productores de postín: el Young Vic de Londres y el Théâtre de la Ville de París. Para la gira ha necesitado otros socios –entre ellos el Grec y Aviñón– puesto que el montaje tiene una cierta complejidad, por mor de un dispositivo mecánico que sugiere una barca en plena navegación y que emerge con espléndida vistosidad de un gran charco que inunda el centro del espacio escénico.

Ejercicio en torno a la limitada capacidad comunicativa del lenguaje, *I am the Wind* muestra la simplicidad de un